

## El mundo de *Moby Dick* desde una perspectiva budista

Christiane Kazue Nagao (UNQ)

*Moby Dick*, una destacable obra de la literatura universal, entremezcla brillantes disquisiciones sobre el comportamiento del hombre y lúcidas reflexiones éticas y religiosas. Melville, gran admirador de Hawthorne, alaba en este autor el ir tras la verdad del corazón humano a través de sondeos sobre “el eje mismo de la realidad” (Costa Picazo, 2016: xxviii). Esta es la dirección que toma la escritura de la novela.

En 1850, cuando empieza a escribir *Moby Dick*, Melville se siente atraído por *La Biblia*, según Julio Acerete, por los aspectos tanto sublimes como sombríos del libro sagrado (1978: 12). Otra investigadora, Nathalia Wright, “identificó aproximadamente 650 alusiones en su obra, más de las dos terceras partes pertenecientes al Antiguo Testamento” (Stout, 1970: 69). Pero Melville no ingresa a *La Biblia* desde un marco ortodoxo. Recordaremos que Ismael es el hijo ilegítimo de Abraham y de la esclava Agar, enviado al desierto por los celos de Sara, madre de Isaac y esposa de Abraham. Vemos desde la elección del nombre del narrador que la entrada a *La Biblia* es oblicua.

Según Carlos Fuentes, *Moby Dick* “es un canto a la naturaleza, al trabajo y a la dignidad del hombre. Es una gran obra simbólica de la condición humana” (1960: vii). Su relato presenta una fuertísima consistencia entre los personajes y lo que les ocurre, con lo que pone en duda el mundo binario que separa el hombre de las cosas, el Bien del Mal, como generalmente se plantea en la cosmovisión occidental. Desde una concepción holística como la budista, la vida del ser humano no está separada de la realidad última, que es la vida en sí. Y el foco está puesto en el corazón del ser humano.

En la filosofía budista, se enseña que los tesoros del cofre son menos valiosos que los del cuerpo; y estos, menos valiosos que los del corazón. Según Daisaku Ikeda, estos son la solidaridad, el coraje y la esperanza (2011). Los dos primeros aspectos, la solidaridad y la valentía están presentes en los personajes de *Moby Dick*. Sin embargo, está desdibujada la esperanza.

## El bien y el mal en el romance

Según Julio Acerete, “uno de los principales temas en la obra de Melville es la desesperante ambigüedad del bien y del mal como ‘valores absolutos’, problemática que hace de él, precisamente, un novelista-filósofo” (Acerete, 1978: 9). Podemos observar que el Padre Mapple, al pronunciar el sermón desde el púlpito, es muy consciente de esta ambigüedad. Al proclamar la enseñanza de *La Biblia*, hace saber a los fieles que la ambigüedad se presenta en él mismo con mucha más fuerza. Según sus palabras:

“Camaradas, Dios ha puesto una mano sola sobre ustedes; sus dos manos pesan sobre mí. Les he contado con mis pocas luces hasta qué punto puede ser mía la lección que Jonás enseña a todos los pecadores, y más aún a mí, porque soy más pecador que ustedes. Y ahora, con cuánto placer bajaría de esta cofa para sentarme en las escotillas con ustedes y escuchar como ustedes escuchan, mientras uno de ustedes me lee a *mí* esa otra lección, más tremenda, que Jonás me enseña a *mí*, como piloto de Dios viviente. Cómo es que, siendo un piloto y profeta ungido, vocero de la verdad, con órdenes del Señor de pronunciar esas inoportunas verdades en el oído de una vil Nínive, Jonás, aterrorizado ante la hostilidad que causaría, huyó de su misión y trató de evadir su deber y a su Dios embarcándose en Joppa. Pero Dios está en todas partes. Jonás nunca llegó a Tarsis. Como hemos visto, Dios fue hasta él en la ballena y lo devoró, sumiéndolo en los abismos vivos de la condenación, y con veloces movimientos lo arrojó en medio del mar” (Melville, 2016: 104).<sup>1</sup>

Desde otro ángulo, la ambigüedad entre el bien y el mal está presente en Queequeg, el caníbal que vendía cabezas humanas y que, pese a ser un salvaje, tenía una expresión que “no era de ninguna manera desagradable” (p. 107). El narrador se muestra sorprendido: “No es posible esconder el alma. A través de todos esos extraños tatuajes me parecía ver signos de un corazón simple y honesto, y sus grandes ojos negros y su mirada profunda, ardiente e intrépida, se me antojaban muestras de un espíritu capaz de desafiar a un millar de demonios” (*Íd.*). Ese hombre, pese a estar separado por veinte mil millas de su hogar, se mostraba “totalmente a gusto, al parecer; era dueño de una gran serenidad, que conservaba; que se contentaba con su propia compañía; y que siempre estaba a la altura de sí mismo” (p. 108). Pero no solo disfruta de esa apacible serenidad, sino que también la transmite. Por ejemplo, cuando Ismael se encuentra en el

interior del cuarto de una posada y afuera se desata una terrible tempestad, y se siente desgarrado en una soledad extraña, este salvaje apacible lo redime. Ismael lo expresa con estas palabras: “Sentí que algo se fundía en mi interior. Ya mi astillado corazón y enfurecida mano no se volvían contra el rapaz mundo. Este dulce salvaje lo había redimido” (p. 109). Es el pagano y no Dios el que le trae paz al alma. Podríamos afirmar entonces que en Queequeg, un bárbaro, hay algo de divino. Y al respecto Costa Picazo presenta su lúcida observación:

Queequeg es el agente de reconciliación: alivia la soledad de Ismael, temple su egoísmo y lo conduce hacia el respeto por el valor de la solidaridad humana. Es significativo el hecho de que Melville opte porque ese instrumento sea un salvaje de otra raza y otro color de piel, especialmente si se considera que es el momento en que los problemas raciales alcanzan un punto enormemente ríspido en Estados Unidos y la Guerra Civil ya asoma como inevitable” (2016: 109).

En la filosofía budista de la Soka Gakkai, el bien y el mal no son valores absolutos, sino que reflejan distinciones relativas. Incluso el Buda, que es una persona de suprema bondad, también tiene el mal en su vida. Lo que lo distingue es que aspira al gran bien: la felicidad de toda la humanidad. El Buda combate el mal, es decir, enfrenta a las personas corruptas y busca empoderar a los discípulos para que ellos también sean capaces de establecer la justicia en sus vidas. El Buda busca inspirar coraje para que las personas puedan concretar grandes aspiraciones en lo social y en lo personal.

En el budismo, el mal está vinculado con la ignorancia sobre el valor de la propia vida. Combatir el mal implica despertar a la comprensión del valor intrínseco de la vida, implica combatir la debilidad o cobardía. Otro aspecto interesante es que el mal, cuando es derrotado, se transforma en bien. Esto ocurrió con Devadatta, un primo de Shakyamuni que intentó matar al Buda y dividir la orden budista. Según el Budismo Soka, lo que hace fuerte a una persona son las grandes dificultades y penurias. Por esta razón Devadatta es considerado el principal buen amigo para Shakyamuni ya que, al oponérsele, creó el escenario para que el Buda pudiera desplegar la sabiduría, integridad y valentía con la que logró hacer crecer y fortalecer más aún su orden religiosa (Soka Gakkai International, 1994).

## El coraje

En *Moby Dick* observamos un exhaustivo interés por el coraje. Hay una descripción muy detallada de los tres primeros oficiales: Starbuck, Stubb y Flask. Y también de sus arponeros: Queequeg, Tashtego y Daggoo. Todos son bravos hombres del mar, acostumbrados a correr riesgos, hombres que se entusiasman ante la posibilidad de salir a la caza de las ballenas en botes inestables, que no pestañean ante las tormentas u otros peligros del mar. Pero el narrador menciona la palabra “coraje” en relación al accionar de Starbuck y de Queequeg.

Para Starbuck, el sentido de coraje está vinculado a la prudencia: “–No quiero a ningún hombre en mi bote [...] que no le tenga miedo a una ballena” (Melville, 2016: 189). El narrador explica que “con esto parecía querer decir no solo que el coraje más confiable y útil es el que surge de una estimación justa del riesgo encontrado, sino que un hombre totalmente intrépido es un compañero más peligroso que un cobarde” (Íd.). Starbuck tiene la fuerza e integridad como para ser el primer oficial del *Pequod*. Un hombre con sentido común, que valora a su familia, que encara el trabajo con responsabilidad y que tiene la capacidad de liderar. Por todo ello, puede ver con claridad la locura de Ahab. Starbuck simboliza la virtud y honradez; como primer oficial es la única persona que se podría haber amotinado. Hizo un intento, pero fue incapaz de tomar una decisión enérgica. En realidad, ninguno de los tres primeros oficiales –ni Starbuck, ni Stubb, ni Flask- pudieron hacerlo. Carlos Fuentes señala que “el pragmatismo de Starbuck carece de la fuerza moral necesaria para apagar la flama de Ahab” (Fuentes, 1960). Esto se observa claramente en el diálogo que mantiene ambos cuando Ahab incita, furioso, a los marineros:

¡Sí, sí! Fue esa maldita ballena blanca la que me cercenó, la que me convirtió en un infeliz marinero de agua dulce para la eternidad! [...] ¡Sí, sí! Y la perseguiré alrededor del Cabo de Buena Esperanza, y alrededor del Cabo de Hornos y del Maelström de Noruega y de las llamas de la perdición antes de darme por vencido. ¡Y es para esto que han embarcado ustedes, marineros! (p. 262).

Los marineros concuerdan, enardecidos. Pero Starbuck está taciturno. Ahab increpa al oficial con la pregunta: “Tú no vas a perseguir a la ballena blanca? ¿No te animas a Moby Dick?” (p. 263), la respuesta es directa, sin titubeos: “Me la animo a su mandíbula torcida, y también a las fauces de la muerte, capitán Ahab, si con propiedad

tiene que ver con el propósito para el que hemos venido, pero yo vine aquí a cazar ballenas, no para satisfacer la venganza de mi comandante” (*Íd.*). Ahab sin embargo lo confunde. No se trata de vengarse de un animal que no tiene inteligencia; se trata, según Ahab, de combatir toda la irracionalidad endemoniada que puede haber detrás de una criatura de la naturaleza. Una lectura quijotesca de la realidad que deja confundido a Starbuck. Ahab lo injuria: “¡Quítame esos ojos de encima! ¡Más intolerable que la expresión feroz de un demonio es una mirada estúpida!” Y, al final de este parlamento, Ahab pensará “Starbuck ya es mío ahora” (pp. 265-66).

En otra situación Starbuck es humillado nuevamente, cuando en medio a un tifón, le informa de graves filtraciones en los barriles de aceite de ballena que han recolectado por lo cual deberían desestibar. Ahab ahí manifiesta abiertamente que no le importa cuidar la mercadería que han obtenido, una clara muestra de desprecio hacia la misión para la que fue contratado. Y acto seguido le da la orden de que regrese a la cubierta. Starbuck no obedece, por el contrario, intenta entrar más en la cabina. Sin embargo, para su naturaleza demasiado caballeresca, esa osadía es “tan extrañamente respetuosa y cauta que casi parecía tratar de evitar no solo toda manifestación externa de sí misma, sino que interiormente parecía más que insegura de sí misma” (p. 677). Y, civilizadamente, Starbuck le propone: “¿No podemos entendernos mejor que hasta ahora, capitán Ahab?”. Como toda respuesta, recibe una tercera orden de subir a cubierta. El oficial se ofusca, sin embargo, logra controlarse. Y por toda respuesta, le responde: “Usted me ha ultrajado, no me ha insultado, señor, pero por eso no le pido que se cuide de Starbuck. [...] Cuídese de usted mismo, viejo” (p. 678). Su racionalidad lo aprisiona, le quita libertad para dar cauce a su clarísima intuición.

Aunque la conducta de Starbuck ante Ahab, pareciera la de un cobarde, debe rescatarse el hecho de que fue el único que manifiesta su oposición ante el capitán. Y también que, por su rectitud, fue la persona en quien Ahab confía su vida. Cuando quiere subir al punto más elevado del barco, un lugar sumamente peligroso por las cuerdas que podían enredarse mortalmente, pide a Starbuck que cuide el cabo que sostendría su cesto en el topo. También es necesario rescatar que Starbuck es el único que recupera una dimensión humana en Ahab, puesto que solo a él tiene el deseo de proteger: “¡No, no, quédate a bordo, a bordo! No bajas cuando baje yo, cuando el marcado Ahab dé caza a Moby Dick. No debes correr ese peligro. ¡No, no! ¡No con el hogar lejano que veo en tus ojos!” (p. 760).

Quien, sin embargo actúa en forma enérgica y sin dudar, con un gran despliegue de coraje verdadero es Queequeg, cuando salva al náufrago Tashtego. Este se encuentra en la tarea de introducir baldes para extraer esperma de la cabeza de un cachalote cuando ocurre un accidente mortal: “¡por Dios!, el pobre Tashtego, como un balde mellizo en un pozo verdadero, cayó de cabeza dentro de este enorme Tonel de Heidelburgh, y con su horrible gorgotero oleoso, desapareció por completo de la vida” (p. 502).

Uno de los dos ganchos que suspendían la gigantesca cabeza, se desprendió; el cráneo empezó a balancearse de un costado a otro de la embarcación hasta que finalmente se desprendió del todo y “con un ruido atronador, la enorme masa se precipitó al mar [...] y el pobre Tashtego, enterrado vivo, se iba hundiendo sin remedio en el fondo del mar” (p. 503). Pero apenas se disipó el vapor, se vio a una figura desnuda con una espada en mano, sosteniéndose sobre las amuradas. “Luego, un fuerte zambullón anunció que el valiente Queequeg se había arrojado al agua” (*Íd.*).

Se destaca en dos oportunidades el uso de la palabra “valentía”, ambas en relación al accionar de Queequeg. En primer lugar, cuando logra salvar a Tashtego: “- ¡Los dos! ¡Son los dos!- exclamó Daggoo otra vez con un grito de alegría, y de inmediato vimos a Queequeg braceando valientemente con una sola mano, mientras con la otra sujetaba el largo pelo del indio” (*Íd.*). Más adelante, la valentía de Queequeg será recordada por Pip, un marinero que representa su extremo opuesto, cuando delira ante una escena en que Queequeg se preparaba para morir: “¡Rig-a-dig, dig, dig! ¡Viva! ¡Oh! ¡Si tuviéramos un gallo de riña para que se sentara sobre su cabeza y cantara! ¡Queequeg muere como un valiente! ¡Escuchen bien! ¡Queequeg muere como un valiente! ¡Valiente, digo valiente! Pero el vil pequeño Pip, murió como un cobarde. Murió temblando. ¡Fuera, Pip! Escuchen bien: si encuentran a Pip, digan en las Antillas que es un prófugo, un cobarde, un cobarde, un cobarde” (p. 685).

## **Conclusión**

La agudeza de la mirada y la belleza de la prosa de Melville están vinculadas con una preocupación por el destino del hombre, en este caso, del hombre norteamericano del siglo XIX inmerso en una sociedad capitalista, en pleno auge de la industria ballenera.

Melville pone la lupa en el universo que representa cada acción cotidiana, en la que se ponen en juego una miríada de interpretaciones, no solo de las palabras y gestos, sino también de las cosas, de los seres, del espacio y del tiempo. En suma, de la vida. Melville busca entre los elementos cotidianos aquellos que puedan darle una significación más profunda a la existencia humana. Una de las mayores alegrías que se vive en el barco es cuando se rescata a Tashtego. Para ello, fue necesaria la acción valiente y profundamente solidaria de Queequeg.

Y lamentamos los titubeos de Starbuck. Le falta una mayor conciencia social como oficial del barco, posición que conlleva la responsabilidad sobre la vida de los marineros a bordo. Al no tener claro que la vida es el mayor valor que llevan en el barco, no puede ver el valor relativo del trabajo y del sistema de jerarquías. Y es entrampado por el laberinto de palabras de Ahab.

Sin embargo, el mismo narrador dirá que “si la narración siguiente fuera a revelar la absoluta humillación de la fortaleza del pobre Starbuck, pocos deseos tendría yo de escribirla, pues es algo lamentable –y más aún, ofensivo- poner al descubierto el derrumbe del valor en un alma” (p. 190). El narrador deplora la falta de valor. Y cree que no es posible desde la piedad perdonar ese error.

Esa inmaculada hombría que sentimos tan hondo dentro de nosotros, que permanece intacta aunque todo exterior parece perderse, sangra con punzante angustia ante el espectáculo desnudo de un hombre que ha perdido el valor. Tampoco puede la piedad misma, ante una vista tan vergonzosa, acallar del todo sus recriminaciones contra los astros que la consienten (*Íd*).

Pero más adelante aclama:

Entonces si adscribo aquí las más altas cualidades, aunque oscuras, a los marineros más bajos, y a renegados y náufragos, si entrelazo trágicas gracias; si hasta el más lastimoso, quizás el más degradado de todos, en algún momento se eleva a exaltadas alturas; si toco el brazo del trabajador con una luz etérea, si extendiendo un arco iris sobre su desastrosa puesta del sol, entonces, contra todos los críticos mortales, defiéndeme, tú, justo Espíritu de Igualdad, que has desplegado un manto real de humanidad sobre toda mi especie humana (p.191).

El narrador rescata la dignidad en todos los hombres. Por eso es un texto tan bello. Sobre la relación entre la valentía y la dignidad, en un texto budista se lee:

Lo más importante es tener el espíritu de actuar con valentía; esto significa hacer surgir una fe profunda, desde lo más recóndito de nuestra vida, creyendo firmemente que podemos desplegar la verdad mística que existe en nosotros, manifestar nuestra Budeidad<sup>ii</sup> inherente y lograr la iluminación en esta existencia, sin falta.

Melville plantea el coraje y la dignidad como dos aspectos diferentes, parecen casi discordantes ya que a pesar de lo imperdonable de la falta de valor, hay dignidad en su vida. En el budismo se establece un puente entre uno y otro: si creemos y buscamos esa dignidad encontramos la valentía para transformar el destino.

Lo que hace bello el texto de Melville, y profundamente humano, son los tesoros del corazón: la solidaridad, el coraje y la esperanza. La última es muy tenue en los hechos, pero muy brillante en la conciencia de la dignidad en todos los seres humanos.

## **Bibliografía**

- Acerete, Julio. "Prólogo". H. Melville, *Moby Dick*. Barcelona: Bruguera, 1978, p.9.
- Costa Picazo, Rolando. "Introducción". *Moby Dick*. Buenos Aires: Colihue, 2016.
- Fuentes, Carlos. Introducción. H. Melville, *Moby Dick*. Buenos Aires: UNAM, 1960, p. XII.
- Ikeda, Daisaku. *La inseparabilidad entre el bien y el mal. Budismo en acción*, 2014, pp. 109-111.
- . *The Courage to Rebuild*. *Japan Times*, 28 de junio de 2011.
- Melville, Herman. *Moby Dick*. Buenos Aires: De bolsillo, 2010.
- . *Moby Dick*. Buenos Aires: Colihue, 2016.
- Pavese, Cesare. *La literatura norteamericana*. Buenos Aires: Siglo XX, 1975.
- Pérez Esquivel, Adolfo, & Daisaku Ikeda. *La fuerza de la esperanza. Reflexiones sobre la paz y los derechos humanos en el tercer milenio*. Buenos Aires: Emecé, 2011.
- Soka Gakkai Internacional de la Argentina. *La valentía para enfrentar la vida cotidiana*. Argentina Seikyo, 15 de julio de 2016, pp. 4-5.
- Soka Gakkai International. "Good Friends". Web.
- Stout, Janis. *Melville's Use of the Book of Job. Nineteenth-Century Fiction*, 25 (1), pp. 69-83.



## Notas

---

<sup>i</sup> Resaltado del autor

<sup>ii</sup> El estado de *budeidad* es también conocido como el estado de iluminación. Se caracteriza por la sabiduría, coraje y el amor compasivo sin límites. El logro de dicho estado es la meta de la práctica budista. El potencial de despertar a la sabiduría de la *budeidad* existe en todos los seres humanos